Escuela Normal de Educación Preescolar

Licenciatura en Educación Preescolar

Ciclo 2020-2021

Cuarto Semestre



Curso: Estrategias para la exploración del mundo social

UNIDAD DE APRENDIZAJE I. EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD Y EL SENTIDO DE PERTENENCIA EN LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS DE PREESCOLAR.

Trabajo: El conocimiento de sí mismo y de los otros como fundamentos para la construcción de identidad.

Maestra: Roberto Acosta Robles

Alumna: Julia Faela Jiménez Ramírez #11

2do. Sección: ¨B¨

Fecha: 15- abril-2021.

Saltillo, Coahuila, México.

LA INFANCIA, LA NIÑEZ, LAS INTERRUPCIONES.

Anotar ideas principales de la lectura:

* Comienzo este texto exactamente por donde lo terminaré. No es un problema de optimismo o de pesimismo o de desazón. De amor o de desamor por los niños, de ilusión o desilusión por la escuela, por lo educativo. No se trata aquí de un carácter destructivo ni instructivo. Apenas se trata de la necesidad de pensar al niño hoy.
* El tema –el niño, hoy, la escuela que no es un tema sino un desborde de cuestiones, exige algo de detenimiento, de cuidado, pero al mismo tiempo de asumir riesgos, de poner en juego percepciones extremas.
* La infancia, la nuestra y la del mundo, tal como la ha visto durante siglos el ideal humanista no está, no existe, se ha ido, difícilmente regrese, quizá nunca haya existido.
* No sobrevive ni a la demasiada hambre ni al demasiado consumo. Se vuelve otra cosa. Algo uniformemente informe. Algo que no es el “niño hoy en la escuela”.
* Eso no quiere decir que no haya algo parecido a la infancia. Restos, residuos, retazos, jirones, que todavía podemos descubrir en algunos niños o en algunos adolescentes o en algunos adultos.
* La infancia es la memoria de la infancia. Una memoria muchas veces nostálgica que no atinamos a describir ni a descubrir en las palabras de los adultos que somos. Ni mucho menos en dispositivos, planificaciones, didácticas, disciplinas, conceptos, teorías del desarrollo.
* Infancia y niños. Niñez e infancia. El momento en que ambas ideas o imágenes o discursos se separan, no coinciden, no se entrecruzan, ni siquiera se buscan para tejer alianzas vitales.
* Los niños son sujetos concretos, la infancia bien podría ser un estado, una condición, una duplicación que realizan los adultos sobre los niños.
* ¿Edad, generación, tiempo, temporalidad, condición o contingencia? La niñez es un estado germinal, el gusano del hombre que, como cruel paradoja, sólo puede ser mariposa durante el poco tiempo que le queda de infancia.
* El niño no habla de la infancia, ni siquiera en secreto, no es una secta, una logia, no hay secreto ni misterio a revelar.
* Pero: ¿qué podría llegar a ser ese niño, esa niña que ahora juega, calla, piensa, imagina, dibuja, trabaja, recibe golpes, consume, mira televisión, se instala siglos frente al computador, tiene hambre, está enfermo, escucha gritar a los adultos en torno, se aburre, no quiere permanecer, se mueve, es mirado, es objeto de conocimiento, es desconocido? ¿Y quién podría ser ese niño, así en general, cuando luego comenzamos a mirar su suelo, su casa, su entorno, sus cosas, su barrio, su sexo? Cuando decimos algo de ese niño, el niño ya no está.
* El hoy, el ahora del niño como la imposible comprensión, incluso, para el propio niño. Por eso tanto desatino en la búsqueda de una respuesta a lo que es un niño.
* La escuela hace misión a partir del deterioro. Quisiera hacer otra cosa, pero insiste en fijar la niñez en un punto quieto, aletargado, frondoso en representaciones, inhábil para el encuentro.
* La niñez no es algo que pasa, sino una duración, aunque más no sea una milésima en el tiempo del mundo. La duración del estar siendo niño. Todo lo que ocurre durante y que, quizá, podrá ser recordado y olvidado. Gerundio, no infinitivo. O bien, infinitivo sub-divisible una y otra vez, en acontecimiento. El durante de los niños sería, por lo poco que sabemos y lo poco que sabremos todavía, un tiempo no lineal, no evolutivo, no unidimensional.
* El tiempo de los niños no es lineal, sobre todo para ellos mismos.
* No hay antes, durante y después en aquello que hacen los niños. Esa es una narrativa que buscamos desesperadamente los adultos para detener lo irrefrenable.
* El tiempo de los niños no es evolutivo. Si fuera evolutivo, si pasara de un estado primitivo a un estado terminal, acaba enseguida y muere. Si toda trayectoria se midiera como el pasaje de lo que no es a lo que sí será, lo que será ya no es niño. Todo lo evolutivo conduce a la muerte. Y lo peor es que los teóricos y prácticos de aquello que evoluciona lo saben pero ni siquiera lo nombran. Se detienen, siempre, un poco antes de la muerte.
* Creen en la perpetuidad y por eso son mezquinos con los niños. Les atribuyen inmadurez, precariedad, incapacidad, demasiada acción, agitación, inestabilidad, provisoriedad, debilidad.
* El tiempo de los niños no es unidimensional. No ocurre por concentración, disciplina, esfuerzo, aplicación, dedicación. Acontece por animalidad. Si se quiere, para no ofender a los demasiado humanos, acontece por una animalidad de afección perceptiva. Afección perceptiva: cuando los oídos están abiertos, cuando la mirada está abierta, cuando la piel está abierta, cuando el mundo llega incontinente a un cuerpo que lo recibe sin escrúpulos, sin trampas, sin jurisprudencia.
* El tiempo de los niños nos debería hacer notar esa animalidad que desperdiciamos, perdemos, subestimamos siempre y a la que debemos, por lo menos, infinito respeto. Porque la animalidad no es bestialidad ni monstruosidad ni inhumanidad. La animalidad pone a la humanidad en su lugar, aunque siempre parezca lo contrario.
* Pero hay un momento en el tiempo de la niñez en que el mensaje adulto llega decidido, indefectiblemente, más tarde o más temprano, con mejor o peor voz, bajo la forma de amenaza o de una extraña invitación. Una suerte de traición: el adulto le dice “basta” al niño. El imperio del ritual acontece.
* Lo que ocurre es una interrupción de la niñez y de la infancia. Ni continuidad ni evolución ni progreso ni circularidad ni elipsis: interrupciones.
* El tiempo del niño es una amenaza a la celeridad y la urgencia adultas y se ve amenazada continuamente amenazada por la detención irruptiva del tiempo niño.
* Aquello que se interrumpe, entre otras cosas, es: el cuerpo, la atención, la ficción, el lenguaje. El cuerpo debe entrar en un orden; la atención debe concentrarse, fijarse; la ficción debe acabarse y reconducirse; el lenguaje debe dejarse de embromar, de hacer metáfora y pasar a ser más sintáctico.
* La interrupción en el cuerpo de los niños. Su punto de partida, como intenté decir es la animalidad, una animalidad gestual, una animalidad del movimiento, de la mirada, de la exploración, de la escucha. Una animalidad indefensa rodeada de cuidados y descuidos. Una animalidad rodeada de palabras que hablan de ese cuerpo: lo que el cuerpo hace en efecto y las híper interpretaciones acerca de lo que hace por defecto.
* El cuerpo de los niños es un cuerpo que está en el mundo recientemente y que se incorpora a él como producto de una tradición, sí. Pero la tradición apenas hace de un niño un adulto a imagen y semejanza de otro adulto. El cuerpo del niño debe comenzar, nuevamente, novedosamente, su travesía y su experiencia. Es un cuerpo que mira y no dice.
* La interrupción en la atención de los niños. La mirada se dirige a todas partes, aunque algunas cosas sean más interesantes que otras porque se mueven, suenan, tocan, hablan, enfrían, calientan, llevan colores, asumen rugosidades, bordes, sensaciones. Es una atención dispersa, no por inmadurez sino quizá porque no hay orden en el mundo. Todo intento por ordenar el universo les hace reír y llorar animalmente. Atender es mirar y es escuchar. Y es comenzar a saborear, despacio, la infinitud complejidad del mundo.
* La interrupción en la ficción de los niños. Se trata de una ficción de libertad, de lo ilimitado, de la totalidad y, por eso, también, del abismo, del salto al vacío. Ficción de lo que se abre, de lo que está en abierto.
* Lo contrario de la niñez es eso que podríamos nombrar como “una estancia sin gestos”. El adulto sabe cómo confinar la niñez, como derrotarla. Y tal vez esa estancia sin gestos sea una de las metáforas del educar. Una de las más frecuentes. Una de las menos interesantes. Una de las más hirientes.
* La interrupción en el lenguaje de los niños. Un lenguaje perceptivo. No de conceptos. Como el de algunos buenos poetas y buenos narradores. Perciben el mundo, entran y salen por los sentidos eso que los adultos llamamos “informaciones”.
* Ésa es una exigencia que cualquier niño deberá acatar. Un lenguaje perceptivo lo condenará a los confines de la clase y a una multitud de sospechas. Existir un lenguaje de percepciones quiere decir pronunciar un lenguaje hecho con el cuerpo. Un lenguaje que pasa atravesado, encarnado. Y hay quienes jamás recuperan esta posibilidad y se instalan en la amargura de los lenguajes de única dirección.
* Las interrupciones, entonces. Interrupciones sobre su cuerpo, sobre su atención, sobre su ficción, sobre su lenguaje. Esas interrupciones ocurren sobre todos los niños. Antes o después. En mayor o menor medida. Con más amorosidad o con más crueldad. Con más autoridad o con más autoritarismo. Con más homogeneidad o con más diversidad. Con más exclusión o con más inclusión. Lo mismo da. Se sobreentiende que la vida está interrumpida durante la vida. También la educación podría ser el dejarnos de interrumpir y dar paso a las irrupciones.
* Los niños desatentos, sordos, ciegos, cojos, zurdos, pobres, callados, inmigrantes, autistas, espectrales, destartalados, son interrumpidos todo el tiempo. A veces, incluso hasta la muerte. Los niños que juegan a ser niñas y las niñas que juegan a ser niños son interrumpidos. Los niños que miran para otro lado y los miran fijamente son Interrumpidos. Los niños que no viven en casas bien construidas, son interrumpidos. Los niños a los que se los somete a un permanente “on-line” hogareño son interrumpidos. Interrumpidos con intromisiones que se han naturalizado y que carecen de toda naturalidad. La exclusión como indiferencia, la tolerancia como pensamiento frágil, debilitado, bien acomodado a la época.
* La tradición, en este sentido, puede ser o bien filosófica, o pedagógica, o psicológica, o literaria, o cinematográfica, etcétera. Pero son tradiciones que no se cruzan, que no quieren mezclarse. A veces sí lo hace la filosofía y la literatura; la literatura y el cine; el cine y la filosofía; y muchas veces lo hace la psicología y la pedagogía.
* La literatura es fecunda en imágenes sobre la infancia. Quizá porque ella quisiera recuperar lo imposible: su atmósfera. No sólo el tiempo mítico, sino el olor, el sabor, lo que toca la piel, los sonidos aún indescifrables, la soledad iluminada, la aventura sin límites. Y por eso insiste en escribir sobre ella.
* Marcel Proust escribe sobre una niñez que no quiere ser interrumpida. Leer

es no ser interrumpido. Proust, en busca del tiempo perdido; una pedagogía que debería comprenderse como una relación con los niños que no interrumpe la niñez. Ya hay aquí una fuerte señal: la pedagogía cuyo mérito no sería otro que el de no interrumpir. Pero además el de hacer durar la infancia todo el tiempo que fuera posible.

* De todas las interrupciones a la niñez, la escuela, la escolarización es la más conocida desde ese tiempo conocido como modernidad. La escuela es el sitio donde la mayoría de los niños van a hacerse adultos. Generalmente a hacerse adultos hombres, incluso las niñas. Sobre todo, a hacerse adultos hombres blancos normales con futuro laboral en tiempos de solemne desamparo. Los niños entran al mundo como expresión de lo nuevo y deben, cada vez más

rápido, hacerse viejos: trabajar, adecuarse, normalizarse, vivir en las grandes

ciudades, pensar seriamente, hablar por hablar, opinar e informarse.

* Por más que le demos vueltas al asunto, siempre habrá la sensación que educar en el mundo-tal-cual-es, tal como lo han hecho algunos adultos, contradice de lleno no sólo aquellos viejos ideales, sino aquellos que para algunos surgen como sentidos más recientes y valiosos: diversidad,

emancipación, inclusión.

* Lo educativo comprendería una travesía de los niños caracterizada por el pasaje de una esfera de dicha a una esfera de desdicha; como si educar no fuera más que “adultizar” y como si la condición adulta fuera “desdichar”, sin ningún ánimo de metáfora.
* ¿Pero no hay también idealismo, ideal humanista, en hablar de la infancia en términos de dicha? Dos cosas son ciertas: uno, que en las grandes ciudades y en sus instituciones sociales y culturales los adultos están desdichados, literalmente; dos: que aún en las condiciones más crueles y desesperantes, los niños siguen siendo niños.
* Los modos educativos están afianzados y se han radicalizado en las últimas décadas. El lenguaje que pronuncian no pasa de un conjunto reducido de palabras que enmarcan la misión educativa alrededor de términos tales como “universalizar”, “incluir”, “hacer equitativa”, “producir igualdad”, “evaluar la calidad”, etcétera.
* Esos modos le exigen a la escuela una tarea virtuosa e ímproba: hacer de la escuela casi el único y último reducto de convivencia posible. Un laboratorio de pacificación, puesta en juego de valores y desarrollo de competencias cuya imagen futura, recordemos, ya está destruida por las sucesivas crisis nacionales e internacionales.
* Mientras tanto, los niños de la televisión insisten en ser saludables, felices e ingenuos, usan el móvil, se visten a la usanza de la moda adulta, viven siempre en casas con jardín, explican a sus padres heterosexuales cómo usar la computadora, son acompañados por razas de perros relucientes, practican deportes de más de once jugadores de campo y la mayoría de las veces, inclusive, representan a ejecutivos en potencia.
* Si hay algo emancipatorio, aunque no de civilizatorio en la tarea de educar, ello podría ser el acto de desprender a los niños de razones de ser futuras tan improbables como en franco proceso de desmoronamiento. Por ello lo que es excepción, causa sorpresa, admiración, parece fuera del mundo. Los niños son esa excepción. Al menos eso debería pensarse un poco. Un nacimiento comporta la duración de lo nuevo. Lo que no sabemos. Ese acontecimiento tan repetido por la filosofía y tan narrado por cierta literatura y cierta cinematografía.
* La relación con los niños es una relación de alteridad. De extrañeza. De misterio. De temblor. De perplejidad. De perturbación. Depende de lo que hagamos con ello, la relación tendrá matices diversos. O ser completamente indiferente y brutal. La extrañeza puede pulverizarse hasta convertirse en polvo. O no. El misterio puede develarse, aunque ya conocemos cómo se reducen los misterios a pocas y soberbias fórmulas del saber. El temblor es sacudido y también emoción. La perplejidad puede reducirse a pocos segundos. O durar toda la vida. La perturbación puede molestar, incomodar, ofender. O comenzar a formar parte de uno mismo.
* La educación debe a los niños algunos gestos que le han sido sustraídos. Gestos corporales, gestos de atención, gestos de ficción y gestos de lenguaje. Ya no es el caso de contentarnos con no interrumpir.
* Termino este texto como lo he comenzado. No es un problema de optimismo o de pesimismo o de desazón. De amor o de desamor por los niños, de ilusión o desilusión por la escuela, por lo educativo. No se trata aquí de un carácter destructivo ni instructivo. Apenas se trata de la necesidad de pensar al niño (¿cuál?) hoy (¿cuándo, dónde?). No alcanza, al menos para mí, disponer de un retrato elaborado de antemano o de una fotografía instantánea o de una cinematografía veloz y evanescente.

Los niños son un estorbo

* Año 354-430. Cuya teología refiere que el hombre nace de el pecado, por eso el niño es la imagen viva del desliz.
* Esto ocasionó que muchos niños no tuvieran el calor del hogar, cariño maternal y que fueran considerandos por su familia como algo molesto.
* El infanticidio, el aborto, el exilio, el abandono y la crianza por nodrizas fueron costumbres de la época.
* El aspecto religioso provocaba el desprecio hacia la infancia, expresaban que carecían del alma.

Los niños son yugos

* Hasta el siglo IV. Los padres son propietarios de sus hijos, ellos los consideraban como yugos y como carga.
* Los niños provocaban en los adultos fantasías, temores y fobias.
* Los padres disponían de sus hijos para cambiarlos y usarlos según su interés.

Los niños y la maldad innata

* Siglo XV. Los niños eran entendidos como entidades llenas de maldad, eran sometidos a castigos corporales despiadados para dominarlos, así como también eran cuidados por terceros o abandonados a su suerte.

El niño como “tabula rasa”

* Año 1693. El niño es como una pizarra en blanco donde no hay nada escrito, sus caracteres pueden ser moldeados, aprenden a través de las experiencias sensoriales, no existen conocimientos ni habilidades innatas.
* Se postulaba que la educación debía formar al niño para que sea una persona educada.
* La educación moral era de mayor importancia que la adquisición de conocimientos y habilidades.
* El adulto era quien decidía lo que el niño tendría que ser.

El niño como bondad innata

* Año 1762. El niño nace bueno es la sociedad quien lo corrompe.
* El objetivo principal de educar, era fortalecer el juicio independiente.
* Cuando los niños se enfrentan a valores contrapuestos o a presiones sociales debían aprender a apoyarse y confiar en su capacidad de razonar.

El niño como propiedad

* Siglo XVI. Mientras se discutía la educación ideal para los niños, la realidad era otra. El niño se convirtió en propiedad o en un recurso económico.
* La forma más extrema de ver a los niños como propiedad es la esclavitud.
* Las leyes contra el trabajo infantil promulgadas en el siglo XIX.
* En Inglaterra o Francia, los niños dormían junto con los adultos, usaban la misma ropa, trabajaban en las mismas faenas y hasta se divertían con los mismos juegos.
* La familia cumplía una función: la transmisión de la vida, de los bienes y de los apellidos, pero apenas penetraba en la sensibilidad.
* La civilización medieval no tenía idea del educación.

El niño como persona en desarrollo

* Siglo XX. El concepto de etapa evolutiva se refiere a aquel periodo de la vida, durante la cual buena parte de la conducta se encuentra dominada por una cualidad particular en el modo de pensar en las relaciones sociales.

El niño es un ser lúdico

* Años 1946-1981. Los niños deben jugar solos y define el juego como el entretenimiento de la vida por qué le permite construir su identidad.
* Critica a los que entienden a la actividad lúdica como diversión y que no lo consideran como trabajo infantil.

El niño como sujeto social de derecho

* El surgimiento de la convención de los derechos del niño, se logra que se considera al niño como un ser social con derechos y deberes.

Referencias:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=512051606004>